

cráticas, exponiendo su persona y sus bienes á represalias campesinas, ha llegado hasta el mismo trono del soberano. En Moyá hoy día se respetan los árboles y las aves, y en un solo año se han plantado *cuatro mil árboles frutales* que llevarán frescor al ambiente y alegría al espíritu. Si esto hecho en un término municipal y en un año lo hicieran todos los demás, ¿no es cierto que aún se entrevé la posibilidad de que España fuera una nación digna y respetada? ¿No representaría una cultura *verdad*, una vida valiosa?

No se contentó Viñas con ser una voluntad para organizar esta dignificación de sus paisanos: no se limitó á hacer estatutos, reglamentos, fundar la Sociedad del árbol frutal en forma ingeniosísima (el reglamento es una verdadera obra de ingenio por su concisa claridad y porque no deja ni el menor cabo suelto), ni quiso crear aquello solo por pura existencia administrativa: hizo más, que no en balde es un artista: aquella hermosa idea que él soñaba, que hacía digno y respetuoso á un pueblo, ¡que se había convertido en realidad!, la presentó con todos los esplendores del arte, con lo cual le daba su caracter verdadero: lo hacía comprender por el sentimiento, que es como las cosas las comprenden las multitudes y las aman.

La Fiesta del árbol frutal en Moyá fué un momento hermoso. Viñas me enseñó las fotografías y me explicaba emocionado el hermoso efecto que aquello hacía. Era realmente una visión de la antigua Grecia, un soplo del sano y luminoso espíritu de aquella buena y bella agricultura: y la Fiesta del árbol frutal quedaba consagrada ante los corazones de los habitantes de Moyá, y otros pueblos la adoptan, y la obra de Viñas se esparcirá benéfica, llevando la bondad de corazón á las gentes, así como sus cantos llevan la paz á los espíritus.

¡Qué diferencia entre esas ridículas fiestas del árbol *administrativas*, infundadas (¿á qué engañarnos?) y tristes por eso mismo que son una falsificación!

Aquí, por el contrario, se celebraba una realidad, un hecho: el milagro de que los muchachos respeten los árboles y las aves, el milagro de que el árbol centenario junto á la carretera haya guardado intactos sus frutos.

Y en vez de una forzada procesión de niños silenciosos, un pueblo entero; en vez de la carretela con concejales enchisterados, las carrozas adornadas con flores y frutas, tiradas por bueyes enguinaldadas, como en las fiestas de Atenas; y en vez de los discursos huecos, la voz calurosa y convencida del promovedor, que decía á las gentes: «Las tierras que no tienen árboles parecen tierras malditas de Dios...; quien cumple su deber haciendo que se castigue el mal, es benemérito de la patria...; vigila á esos egoistas, débiles por conveniencia, que dejan que todos los demás hagan lo que quieran por no comprometerse ellos, según dicen...; queremos redimirnos de las malas costumbres; sigamos el ejemplo donde quiera que esté, cerca ó lejos; enseñemos á los que gobiernan el Estado que no es con palabras, sino con obras dignas, como se regenera la patria; creemos una fuerza moral que se imponga contra todo lo destructor, y esto lo conseguiremos el día en que se pueda escribir en la puerta de cada casa, sin temor de ser contradichos: «*Aquí reina la justicia.*»

Y luego, en vez del himno de circunstancias, la generosa poesía de Maragall, y el genio de Morera, diciendo: